

Páginas 229-230:

«Martínez Ruiz, dice Baroja en la semblanza que comentamos, es un hombre que inquieta a los escritores que le conocen, porque lo creen tortuoso.» Y añade luego, a manera de explicación: «Aquí no se convence a nadie de que un hombre pueda sentirse íntimamente religioso y al poco tiempo íntimamente descreído; que de anarquista de alma pase a ser reaccionario de corazón.....» Ni aquí (léase en la España atrasada y fanática) ni en ninguna parte, es lícito negar sinceridad a la conversión de un ateo, ni a la apostasía de un creyente; lo que sucede en todas las latitudes del planeta es que las gentes acogen con justificado recelo toda mudanza de opinión sobre cosas trascendentales. Hay más; en el caso de «Azorín» yo creo que han acertado los incrédulos y que se equivocan quienes, como Baroja, para excusar ligeras inconsecuencias de conducta, traen a cuento la metamorfosis del «anarquista de alma» en «reaccionario de corazón». Porque es el caso que «Azorín» no ha abjurado jamás los desahogos de «Ahriman» ni las audacias de Martínez Ruiz, y que cuando, recientemente le recordaba Blasco Ibáñez los «artículos cortos y terribles de propaganda anarquista» en *El Pueblo*, nuestro autor ha podido responder, con sinceridad:

Y no nos apesadumbra, no; no nos molesta, no, la evocación de aquellas antiguas y revolucionarias campañas —las mencionamos nosotros mismos muchas veces— realizadas al lado del autor de *Cañas y Barro*. (*A B C*, 9 de Marzo de 1915.)

No ha habido, pues, hipocresía por parte de «Azorín». ¿Cuáles son, entonces, las inconsecuencias que le

dieron fama de tortuoso, según afirma Baroja? Tal vez alguna de esas rectificaciones que en nada afectan a las convicciones fundamentales del hombre ni del escritor. Así, por ejemplo, lo que en *Sociología Criminal* (1899) era «la bascosa y prolija secta del krausismo vergonzante», es diez años más tarde una «fuerte y honra manifestación del pensamiento filosófico en España», a la que nadie podrá negar «sinceridad, austeridad, nobleza, delicadeza». En *La Voluntad* (144) se lee que «no hay cosa más abyecta que un político»; y en la realidad se ve que «Azorín» milita en un partido gobernante, y que evoluciona dentro de él con tanta habilidad como el más avezado parlamentario. Yo no veo en ello contradicción esencial y creo que tal vez el diputado por Monóvar siga pensando, en su fuero interno, «que no hay cosa más abyecta que un político.»

Páginas 297 a 302:

Así como la química más sabia no acierta a formar sino nuevas combinaciones de elementos ya existentes en la naturaleza, así también las más estupendas creaciones de la fantasía pueden descomponerse siempre en sensaciones e imágenes recogidas del mundo exterior y conservadas, de un modo más o menos consciente, en los dilatados dominios de la memoria. De aquí resulta, en el campo de la literatura, que según predomine en el artista la memoria visual o la auditiva, tendremos un escritor del tipo gráfico y concreto o del tipo declamatorio y abstracto. En presencia de un sentimiento o de una idea, y por virtud del mecanismo inconsciente de la asociación, el literato de la primera